La pasión del crepúsculo*

Pocas voces como la de Francisco Brines hallaremos en nuestra poesía contemporánea tan fieles a sí misma y tan personales, con sus afinidades bien explícitas y su carga de tradición renovadora. El camino seguido por su obra ha sido una clara vía de la consecuencia. Su credo poético tuvo una inequívoca manifestación en *Las Brasas,* su primera obra, y este «ensayo de una despedida» ha venido desarrollándose sin altibajos como un corpus estremecedor. Hasta *El otoño de las rosas* que ahora nos llega. Y pareciera por lo que digo que este prodigioso artífice de la palabra —orfebre natural del verso, conocedor de la eficacia de un oficio que no obnubila ni distrae sino que sirve a la emoción— ofrece nuevos versos, sin más, a la aquilatada experiencia mostrada. Pero no es así. Aparte de la madura contención expresiva que quiero señalar —un verbo más desnudo— es preciso destacar que en esta nueva obra el Brines sensorial y el Brines metafísico no se reparten en fracciones distintas sino que se fusionan en una misma emoción totalizadora y se sirven el uno al otro sin apenas fisura.

Es conmovedora y admirable la sencillez con que Francisco Brines se acerca a los elementos de la cotidianeidad para transmutarlos en su trascendencia. Y resulta especialmente eficaz para este logro el modo en que Brines nos transmite sus luces, nos permite participar de sus aromas, hace táctil su poesía —ejemplo prodigioso de lo que digo es «El más hermoso territorio», poema singular —o nos permite ver, con diáfana expresión, la grandeza del paisaje que escruta. Francisco Brines, en contra de lo que pueda parecer a simple vista, por su nula disposición a los alardes, es un poeta de múltiples registros. Sucede, sin embargo, que no dispersa la riqueza de sus materiales.

En *El otoño de las rosas* el propio título parece indicar la cara y el envés de una misma moneda. El sentido crepuscular de la vida es continua materia de meditación y las rosas aparecen como signo de la pasión —«aspíralas y enciéndete», dice Brines— o como incitación al goce. Porque el poeta está siempre atento al devenir del mundo y a la sorpresa de la belleza. Francisco Brines es un minucioso contemplador del grato suceso de la vida cuando ésta se manifiesta en su engañosa hermosura.

Pero cada vez más, y éste es un libro transido de crepúsculos, la vida se muestra memoria agradecida, recuerdo que no alberga resentimiento desde la reconocida precariedad. Brines se manifiesta en su esplendor desde el conocimiento del vivir y reconoce el don a la luz de su transitoriedad. No se trata de otra cosa, ni tendría por qué, que de seguir indagando en la esencialidad de su orbe propio.

* *Sobre* El otoño de las rosas, *de Francisco Brines.* Editorial Renacimiento. Sevilla, 1986.

La ausencia, la casa

Pero si hay un Brines distinto en este libro —tan variado en sus temas— es sencillamente el Brines que la vida viene modelando, un resultado de la autenticidad que es característica bien notoria de su propio acontecer y de su poesía. Por eso *El otoño de las rosas* es más crepuscular aún, por eso tiene mayores acentos de despedida («Apenas quedan rosas», nos dice, o habla de «el humo ya agotado de la vida») y por eso se trata, sin duda —la muerte más presente a lo largo de sus páginas—, del libro más elegíaco de este gran poeta elegíaco. Ello no obsta para que al tiempo sea, tal vez, la obra suya que más pasión por la vida contenga.

Pero ahora no se trata tan sólo del conocimiento de la fugacidad de la vida o de la nada esperada como fin de este proceso. Ahora la casa ha sido saqueada por la muerte, ahora el poeta muerde los labios porque no es posible el beso, ahora —otra vez el poeta de la experiencia— han empezado las despedidas de los suyos. De nuevo, las sombras familiares, el paisaje de Elca, el mar, la vieja casa. Ahora, más tangibles las ausencias, llena la estancia de ecos y resonancias de lo que la vida fue. Si Elca —la casa de Oliva, testigo del esplendor de la juventud— ha sido y es atalaya del tiempo en la poesía de Brines, observatorio de la vida en su exaltación más sensual y vigorosa, también ha sido y es, en los libros anteriores y en éste, recinto del cumplimiento de la vida, de la certidumbre de la muerte, relicario que guarda «el secreto entusiasmo de haber sido».

La vida ha ido confirmando los presagios y de esta confirmación se nutre la nueva experiencia de *El otoño de las rosas.* La muerte del padre originará poemas como «El usurpado», «In memoriam J. B.» o «Con un ramo de rosas» —cuánta extrañeza, aliento mágico, sorpresa— exentos de cualquier expresión de sentimentalismo convencional y originales manifestaciones del dolor de la ausencia. Pero habrá de observarse con mayor detenimiento hasta qué punto alcanza este suceso familiar a nutrir las páginas del libro.

Una vez más, en la esencia del mundo poético de Francisco Brines, la evolución se revela unida a su fidelidad a los orígenes. La serena mirada del poeta ha sido educada por este paisaje y en él encontrará todas sus poderosas razones para amar a la vida en la melancólica contemplación de su cumplimiento. La poderosa luz mediterránea de sus tierras, los naranjos o los jazmines, los pájaros diversos o el mar —severa presencia trascendida— no son parte de una escenografía que acompaña a los seres en el declinar de la vida o en el hermoso recuerdo de la infancia evocada o en la juventud exultante en la que el poeta alcanzó la felicidad. Todos esos elementos de su paisaje son viva encarnadura poética, floración de la belleza herida por el tiempo. Porque Francisco Brines es un poeta de la naturaleza que recibe de ella el don: «Un aroma de tardíos jazmines/ da a mi carne vigor y juventud». Su honda capacidad descriptiva lo llevará a la fascinación por el paisaje diverso a través de una vasta geografía que enriquecerá su cosmopolitismo visionario, como ya hemos visto en sus libros anteriores, pero sin que esos otros paisajes que aparecen en *El otoño de las rosas* —Marruecos o Egipto, por ejemplo— dejen de impregnarse de su mirada mediterránea o impidan que la evocación de Elca surja en la lejanía.

El mar ocupa en el paisaje fascinante de este libro un singular papel. Forma parte de la iconografía familiar, como el azahar o los pájaros, y el poeta al referirse a él dirá:

«un bello compañero que te dio su alegría». Pero el más eterno de todos los elementos familiares parece ser el mar mítico, un mar sin memoria, sólido, indiferente; un mar que desconoce el adiós porque no conserva el recuerdo, el mar que borra las huellas de la arena, el mar que ve dormir las velas solitarias. Siempre el mar como testigo de la existencia, un testigo permanente, casi la única presencia de eternidad: «esa frescura eterna que hace dioses muy niños los ojos del que mira».

La lucidez erótica

Es curioso observar la cantidad de aspectos que pueden ser analizados por separado en la rica obra de Francisco Brines y cómo ninguno de ellos ha tentado al poeta a esa aventura tan común del libro monotemático. Todos esos aspectos se han integrado en una sólida poética y no son desvinculables los unos de los otros. La única excepción radica en «Poemas a D. K.», que es el resultado de agrupar poemas amorosos contenidos en toda su obra anterior, pero no realizados previamente con esa voluntad de conjunto.

Me hago esta reflexión en el momento en que he de referirme en este trabajo a los poemas amorosos de Brines, que quizá sean los más o tal vez todos. Antes he dicho que Brines es un poeta de la naturaleza y ahora puedo decir que Brines es un poeta del amor. Estas calificaciones conducen siempre a una especie de perogrullada. No se miente, pero se simplifica. De cualquier forma, siendo como es fundamentalmente un poeta del tiempo, cierto es que el amor desde múltiples perspectivas se convierte en el motor de su meditación profunda. La fugacidad del goce, la temporalidad de la experiencia amatoria, estará presente siempre, ya se trate de la más plena experiencia del amor —«Tiempo y espacio del amor» es una hermosísima muestra de *El otoño de las rosas*— o de la más limitada, pero intensa vivencia del erotismo —remito, por ejemplo, a «Erótica secreta de los iguales». En un sentido más genérico podría decirse, y no sin propiedad, que toda su obra es amatoria. El amor familiar y su entorno todo quedarían asumidos por esta clasificación. Pero no ganaríamos gran cosa con esto en un estudio clarificador. Es menester, sin embargo, para ser justos, sustraer la personal vivencia amorosa de Francisco Brines que le permite revivir la pasión por la vida, siempre en el ámbito de la memoria de lo vivido. Su tratamiento de la experiencia amorosa es de los de mayor originalidad en nuestra época y su condición de pionero en la expresión del amor heterodoxo no basta para explicar el modo en que la tragedia del tiempo se sustancia en unos poemas amorosos tan singulares, tan diversos en su variada gama de contemplación.

El otoño de las rosas no es el libro que contiene mayor número de poemas explícitamente amorosos, pero los que contienen, como algunos señalados, y especialmente «El más hermoso territorio», constituyen una demostración bien clara de que Brines es «uno de los poetas españoles más lúcidamente eróticos de nuestro tiempo», recogiendo la expresión afortunada de José Olivio Jiménez.

Yo resaltaría en esta entrega, y por lo que respecta a este aspecto de su obra, un mayor atrevimiento del poeta y una mayor rotundidad expresiva en algunos poemas, que no excluyen, sino que por el contrario parecen subrayar la delicadeza expresiva de su verbo. Así, no sólo el amor totalizador de su existencia donde el poeta se ha encendido,

sino la evocación de los cumplimientos del deseo, el goce circunstancial, la aventura, el amor mercenario o la sed de la carne alcanzan cimas expresivas en *El otoño de las rosas.* El poeta se expresa, lo digo con sus palabras, desde «el sentimiento ingrato de la inseguridad/ que acompaña a la dicha».

He aquí un emocionante conjunto de palabras pronunciadas desde la noche por un poeta que en la noche halla el cobijo de su precaria sombra: «Te has sentido tan dentro de la noche/ que oyes tan sólo respirar tu pecho». A lo lago de *El otoño de las rosas* habla Francisco Brines del tiempo negro, de la carne apagada por la noche, de las más negra luz referida al cuerpo. El tiempo hecho noche y otoño, vivo mar o apagado amor, se hace palabra nítida en este libro de Francisco Brines y vuelve a proclamar su piedad por los hombres. Es ésta una proclamación que se ha ido cumpliendo, libro tras libro, y que parece compendiarse ahora en *El otoño de las rosas* como en un hermoso y decadente jardín en el que nos fuéramos despojando al tiempo que los árboles. Voy a decir con palabras de Shelley lo que me parece que es este último libro de Francisco Brines: «imagen misma de la vida expresada en su verdad eterna».

Fernando G. Delgado

Adiós al modernismo*

A pesar de que las vanguardias o nuevos movimientos artísticos se anuncian en Europa, Hispanoamérica ha sabido hacer de ellos asunto propio, en muchos casos reciclándoles; o tomando como punto de partida lo hecho al otro lado del Atlántico, tendencias completamente originales han florecido, tales como el realismo mágico.

A tenor de lo expuesto en *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica,* de Hugo J. Verani, el vanguardismo latinoamericano se inicia hacia 1916 con una serie de manifiestos y proclamas en una especie de reacción ante el modernismo rubendariano que ya se vislumbraba como decadente. Movimientos como el estridentismo mexicano, ultraísmo argentino, postumismo dominicano y diepalismo puertorriqueño. Concretamente la poesía siente la necesidad de ir abandonando estéticas que se le antojaban rígidas,

* Las vanguardias literarias en Hispanoamérica, *Hugo. J. Verani; Bulzoni Editore. Roma, 1987.*